teorema
Vol. XXX/3, 2011, pp. 135-148
ISSN: 0210-1602
[BIBLID 0210-1602 (2011) 30:3; pp. 135-148]

NOTAS CRÍTICAS/CRITICAL NOTICES

El origen de lo mental: la percepción como género psicológico

Cristina Borgoni

Origins of Objectivity, de TYLER BURGE, OXFORD, OXFORD UNIVERSITY PRESS, 2010, 656 pp., 75.00 £/23.75 £.

I. INTRODUCCIÓN

Si Tyler Burge no presentara nada novedoso en *Origins of Objectivity*, su primer monográfico (excluyendo *Truth, Thought, Reason: Essays on Frege* y *Foundations of Mind* por ser ambos colecciones de artículos) ya valdría como la mejor guía para conocer el pensamiento del autor. En las casi 600 páginas que componen su libro, uno puede acercarse a su visión sobre la filosofía, como una labor seria, meticulosa, potencialmente accesible a no profesionales y sensible a los otros campos de conocimiento. Su tratamiento de las corrientes del siglo XX con respecto al tema de la objetividad no da lugar a dudas de por qué llama a la filosofía analítica 'la filosofía *mainstream*', de modo que aquellos y aquellas que esperan un largo tratamiento de la filosofía continental por ser un elemento presente en el índice, probablemente se frustrarán. Su visión sobre la filosofía y sobre la historia de la filosofía es, sin embargo, solamente el punto de partida desde donde el lector podrá acercarse a muchas de sus tesis ya defendidas en sus conocidos artículos –como sus tesis sobre el anti-individualismo (1979, 1982), el pensamiento *de re* (1977) y las condiciones de garantía epistémica (2003)– presentadas de una manera unificada y madura, que expresan la claridad con que el autor las entiende en la actualidad. Aunque el capítulo 2, que trata cuestiones terminológicas, pueda presentar alguna dificultad, todo el libro es de fácil lectura, incluyendo las

cuestiones más técnicas, donde se puede reconocer el esfuerzo de Burge para que el lector le entienda apropiadamente.

Origins of Objectivity, sin embargo, *no* es un libro revisionista ni tampoco una especie de *postscript* a toda su obra. Al contrario, Burge defiende una visión robusta y original sobre la marca de lo mental, contestando a una vieja pregunta –¿dónde comienza lo mental?– con un instrumental calibrado en el conocimiento científico actual y filosóficamente relevante. Burge defiende que las capacidades psicológicas comienzan con la percepción –el género *psicológico* [*psychological kind*] representacional más básico–, y la percepción, a su vez, comienza con estados que tienen *condiciones de precisión* [*accuracy conditions*][1]. La consecuencia de esta tesis es que la mente se encuentra en la naturaleza en muchos más seres que los humanos y comienza en la vida de los humanos también antes de la adquisición del lenguaje.

Aquí, sin embargo, se hace necesaria una aclaración con relación a su proyecto[2]. La cuestión central del libro es entender y explicar los orígenes –en términos de demarcación– de la *mente representacional,* y no de la *mente*. En todo el libro la pregunta filosófica a la que efectivamente Burge ofrece una respuesta es qué es ser una mente representacional en su forma más primitiva, estableciendo a la vez el camino para contestar a las preguntas empíricas sobre qué especies logran representar objetivamente y en qué etapa del desarrollo individual surgen tales capacidades representacionales. Sin embargo, es posible percibir que implícito en la obra está el proyecto de contestar a la versión más amplia de esta pregunta –¿qué es ser una mente?–, lo cual revela la visión de Burge sobre la intrínseca relación entre la mente y la objetividad. En esta nota crítica, discutiré la relación entre estas dos cuestiones, exponiendo el criterio que Burge ofrece para aislar estados representacionales y las posibles consecuencias de que tal criterio sea extendido a los demás estados mentales. Para ello, reconstruiré el argumento de Burge sobre dos pilares, la distinción entre percepción y mero registro sensorial de información y la distinción entre percepción y estados proposicionales. Intentaré señalar cómo tales distinciones se articulan con las otras tesis presentes en el libro. Finalmente, señalaré una laguna en la propia elección de Burge de no tratar la relación entre percepción y estados proposicionales.

El libro está dividido en tres partes. La primera y la tercera es donde se encuentra su propuesta positiva, siendo el capítulo 9 el corazón de la obra, según el mismo autor. La segunda es histórica y crítica. La primera parte, compuesta por 3 capítulos, da al lector una visión detallada de lo que será todo el proyecto, establece los términos de la discusión y reconstruye el anti-individualismo con respecto a la percepción. Los cuatro capítulos que componen la segunda parte delinean un largo recorrido por las varias tradiciones filosóficas del siglo XX, de las cuales Burge critica la adhesión a un presupuesto común de super-intelectualizar las condiciones de la representación objetiva. La tercera parte, en donde ganan terreno los ejemplos y referencias

a explicaciones científicas citadas en las 300 páginas precedentes, es sin duda la más emocionante. Se compone de otros 4 capítulos y es donde aísla las nociones de *representación* y *percepción* como especies o *géneros psicológicos* y llega a dar forma a su solución. En esta nota, me centraré principalmente en el material de los capítulos 3, 8 y 9.

II. Sistemas perceptivos y sistemas sensoriales

> But philosophy is not needed to show that psychological notions are scientifically respectable. Science has already done that [Burge (2010), p. xiv][3].

Una de las maniobras más ingeniosas del libro es referirse a la práctica científica para defender una concepción no reduccionista/no eliminativista de lo mental. Burge acusa a los propios eliminativistas o reduccionistas –que suelen presumir de sus credenciales científicas para hablar del cerebro en lugar de la mente– de no estar en sintonía con la misma ciencia. Basándose en el tipo de explicación del aparato visual presente en la psicología de la percepción de los últimos años (por ser una de las áreas más desarrolladas de la psicología perceptiva), Burge defiende no solamente que la mente no es eliminable, sino que los eventos psicológicos a los que hace referencia el vocabulario mental constituyen *géneros psicológicos* cuya existencia se encuentra a la altura de los *géneros naturales*. Su defensa de la irreductibilidad de lo mental involucra, por otra parte, la crítica al otro extremo de la discusión: el conjunto de familias que super-intelectualizan las condiciones para tener mente. Este doble movimiento se refleja en la manera en que Burge caracteriza una de las nociones centrales de su libro, la noción de *representación*[4]. Burge rechaza tanto las propuestas reduccionistas, que la entienden en términos que no son propiamente psicológicos (*información*, *correlación*, *causación* o *función*, por ejemplo) como las propuestas de la tradición filosófica opuesta en que tener una representación requiere construir una representación interna que refleje las precondiciones de la representación objetiva.

La *representación* es, para Burge, un *género psicológico*, individuado [*type-individuated*] en términos de sus condiciones de veridicidad [*veridicality conditions*]. El género más básico de representación del mundo físico es la representación empírica, dentro de la cual figura la percepción, siendo individuada en términos de *condiciones de precisión* [*accuracy conditions*][5]. Los estados proposicionales, que son también géneros psicológicos representacionales, tienen a su vez, *condiciones de verdad* . Esta primera hipótesis de su estrategia, de que la marca básica de un estado perceptivo es ser un estado con condiciones de precisión, se encuentra en su discusión sobre el anti-individualismo.

En el capítulo 3, Burge expone, quizá de la manera más completa, los principios en los que se basa su tesis anti-individualista: "la naturaleza de muchos géneros mentales depende constitutivamente de relaciones entre el *asunto* [*subject matter*] más allá del individuo y el individuo que tiene tales estados mentales, donde las relaciones relevantes ayudan a determinar las naturalezas específicas de estos estados" [p. 61]. Al aplicarla a la percepción, su argumento será que el anti-individualismo hace plausible la idea de que hay conexiones sistemáticas y no-accidentales entre los tipos de percepción y los tipos de cosas en el mundo. Es decir, no es accidental que tipifiquemos los estados perceptivos en términos del mundo que está más allá del individuo, porque según Burge, los estados perceptivos son lo que son en virtud de pertenecer a una red sistemática de relaciones causales entre instancias de atributos ambientales y procesos que entran en la formación de los tipos específicos de los estados perceptivos *de* [*of*] y *como de* [*as of*] tales atributos ambientales. La función de los estados perceptivos es ser verídicos. Fallo de percepción, es decir, fallos al producir representaciones verídicas, son fallos en el cumplimiento de esta función, la *función representacional*, un principio con el cual las mismas ciencias de la percepción trabajan. Y aquí ganan terreno otras dos hipótesis con las que trabaja Burge: se puede saber dónde comienza la percepción verificando dónde comienzan las explicaciones científicas a apelar de manera no trivial a condiciones de precisión; y tales explicaciones las podemos encontrar en la psicología de la percepción actual.

Aunque las ciencias de la percepción no manejen explícitamente ningún principio filosófico, Burge defiende que éstas presuponen compromisos con el anti-individualismo, en su metodología y en el carácter general de sus explicaciones. Estas teorías asumen que los estados perceptivos representan elementos del ambiente distal y los distinguen de otros estados que funcionan solamente para registrar o codificar información sensorial. Organismos como las amebas, por ejemplo, son sensibles diferencialmente a varios atributos del ambiente físico; los discriminan y sus capacidades sensoriales llevan información y funcionan para responder de una cierta manera a esta información, pero la explicación de tales eventos no apela a nada que vaya más allá de la propia superficie del organismo. Y este es el punto crucial: ahí no tenemos mente. La ameba puede discriminar entre la luz y la oscuridad y moverse hacia donde haya poco oxígeno, pero nada en sus capacidades sensoriales discrimina entidades que tienen atributos perceptivos. Esta división, sin embargo, no representa una división entre organismos puramente inteligibles en términos de capacidades sensoriales y perceptivos, sino que, en organismos más complejos que las amebas, tenemos las dos capacidades presentes. El salmón, por ejemplo, que tiene diversas capacidades perceptivas, presenta instancias puramente sensoriales: es guiado por el olor para volver a su sitio original, pero este fenómeno en particular no requiere nada que vaya más allá de lo que ocurre en su superficie; y por esto este evento no cuenta como una

percepción del ambiente. En la percepción genuina ocurre algo diferente, hay algo que está más allá de la superficie, de los estímulos proximales.

Y cuando se va más allá de los estímulos proximales es cuando la psicología empieza a hablar de constantes perceptivas: capacidades sistemáticas para responder a los mismos atributos, propiedades o relaciones específicas del ambiente aun recibiendo tipos radicalmente distintos de estímulos en la superficie corporal. Somos capaces de ver una hoja de papel impresa con letras negras prácticamente con el mismo tono esté ésta iluminada por la luz artificial de una lámpara o por la luz del sol, que es más de un millón de veces más brillante que la lámpara. En este caso específico, está operativa la constante de luminosidad [*Lightness Constancy*]. Esta y otras constantes son explicadas en el capítulo 8 del libro, lo que es de extremo interés para hacer palpable los argumentos de Burge. Las constantes visuales, a su vez, no son exclusivas de nuestro aparato visual. Burge señala que ya arañas y abejas presentan casi todas las constantes visuales.

El aspecto filosóficamente iluminador del tema de las constantes perceptivas es que Burge las entiende como contestando al problema filosófico de la infradeterminación. Las constantes perceptivas involucran explicaciones nomológicas [*law-like*] de la transformación de un estado del sistema (sensorial o perceptivo[6]) en un estado posterior (perceptivo) infradeterminado por el primero. Según nos cuenta Burge, el problema de la psicología de la visión consiste justamente en intentar explicar cómo las representaciones verídicas del ambiente se forman y se distinguen del registro, codificación o estímulo proximal. Tales explicaciones tienen como *explanandum* primario las percepciones verídicas, aunque las ilusiones también deberán ser explicadas. Los efectos psicológicamente relevantes de la estimulación proximal –la estimulación de la retina, por ejemplo– son los *inputs* iniciales en el sistema perceptivo. Los *outputs* son los estados perceptivos con contenido representacional *de* [*of*] y *como de* [*as of*] entidades específicas en el ambiente físico. Sin embargo, como uno puede suponer, los *inputs* iniciales son consistentes con una variedad de causas distales: los receptores del sistema visual, por ejemplo, registran patrones dinámicos y propiedades de la luz que podrían ser consistentes con muchos tipos de estímulos distales que causan un tipo dado de registro del estímulo proximal. Los "principios de formación", formulados en términos de las constantes visuales, tienen por finalidad ofrecer este tipo de explicación, que supera el problema de la infradeterminación a través de la referencia a atributos que tienen una relación intrínseca con las necesidades y actividades del individuo involucrado. El sistema visual del sapo, por ejemplo, no percibe entidades como *partes de una mosca*, o *trozos temporales de una mosca*. Estas posibles causas distales son excluidas por no ser tipos que fundamentan explicaciones biológicas de la necesidad y actividades del sapo. Su sistema visual no trabaja tampoco con agrupaciones visuales como *mosca*;

sus atributos perceptivos son más bien algo como *un cuerpo en movimiento de tal y cual tamaño y forma*.

Un primer vértigo que esta imagen nos podría causar es su proximidad a lo que Quine preveía que fuera el futuro de la epistemología: explicar la transformación de estímulos magros en los resultados caudalosos que componen nuestro sistema de conocimiento. Sin embargo, Burge es bastante cauteloso e insiste en que percibir no es tener conocimiento. La transformación prevista por las constantes no va desde los *inputs* sensoriales a los estados con contenido proposicional –donde comienza a haber conocimiento– ni tampoco son ellos mismos el *asunto* de tales estados. Los *asuntos* tanto de los estados perceptivos como de los proposicionales no son los *inputs* proximales. Y como se ha visto, las explicaciones de estas transformaciones no dejan de usar el vocabulario psicológico. De esta manera, queda espacio para un segundo vértigo: la sensación de un retorno a los *sense data*, es decir, que la percepción acabe siéndolo de los *inputs* iniciales del sistema. Sin embargo, esto no es así. En la visión, por ejemplo, el estado sensorial inicial registra un patrón y propiedades espectrales de la luz, pero este estado no es perceptivo. El individuo no percibe este patrón de luz, ni nada en el sistema lo representa.

Las constantes perceptivas son capacidades para la objetivación, por separar el registro del estímulo de la superficie corporal del individuo de los elementos representacionalmente específicos a los atributos del ambiente físico. Y para Burge, este proceso es sub-individual, por lo que la separación de los estímulos proximales de los elementos del ambiente no es representada ni por el individuo ni por el sistema. Pero el punto crucial es que los principios de formación son elaborados primitivamente en términos de representación de causas distales y no como un comentario a una estructura primitivamente no-representacional. Es decir, las leyes son computacionales en el sentido de que incluyen formulaciones matemáticas y algorítmicas, pero no pueden ser descritas en términos sintácticos o puramente formales.

En este momento, aunque aceptemos esta explicación por parte de Burge, parece que una cuestión continúa latente: ¿por qué la marca de lo mental tiene que ver con estados con condiciones de precisión? La tesis de Burge parece ser que la mente comienza donde comienza la representación, la percepción y la objetividad [p. 10], aunque se muestra muy cauteloso a lo largo de todo el libro con esta tesis, comprometiéndose solamente con la explicación de los estados representacionales. Sin embargo, si su defensa de la irreductibilidad del vocabulario mental pasa por el tipo de explicación científica que apela a condiciones de veridicidad, parece que sí podemos generalizar su criterio de individuación para toda la mente. Si esto es así, sin embargo, parece que queda abierta la cuestión sobre cómo individualizar estados psicológicos no representacionales y por lo tanto sin condiciones de veridicidad. Si hay estados no representacionales que en principio son psicológicos, parece que tenemos un

problema en la línea argumentativa de Burge, a no ser que se defienda que la representación está a la base de cualquier estado psicológico.

Si pensamos en la conciencia, por ejemplo, no está claro que ésta sea un tipo de estado representacional, y Burge lo reconoce. Si la conciencia fuera un estado de segundo orden, el problema claramente no existiría; podría ser caracterizado como representando un estado psicológico de nivel inferior y, por lo tanto, identificable/aislable en el mismo transfondo teórico en que se identifica la percepción. Burge menciona el problema de la conciencia en algunos pasajes del libro, dejando abierto tanto si ésta es representacional, como si aparece antes o después de la percepción, aunque parece favorecer la idea de que son fenómenos independientes. Sin embargo, si no es un estado representacional, o por lo menos no se deriva de un estado representacional, le faltaría al fenómeno la misma característica que individua los estados mentales como tales.

Este problema nos podría llevar a una segunda cuestión sobre por qué el criterio que nos ofrece Burge es superior a otros posibles, como, por ejemplo, la agencia. Según Burge, cuando una araña persigue su presa, salta, se aproxima, esquiva un obstáculo, etc., estamos ante procesos muy distintos de lo que ocurre dentro de la araña: la araña ingiere y su estomago digiere. Son solamente subsistemas los que operan en los eventos que le ocurren a la araña, mientras que en las acciones en que ella es el agente parece que todo el individuo está de una cierta manera involucrado. Burge acepta una noción bastante amplia de agencia, que no exige un ámbito de intenciones, voluntad o control por parte del agente. Defiende incluso que la mejor noción de *agencia* debería estar "fundamentada en el comportamiento funcional y coordinado por todo el organismo, que brota de las capacidades centrales de comportamiento y no puramente del subsistema" [p. 331]. Pero si esto es así ¿por qué la agencia, que trabaja justamente sobre el paradigma de la diferencia entre lo que un animal hace y lo que le ocurre, no es la marca de lo mental?

Hay un sentido en que la visión de Burge es bastante estable y consistente al trazar la diferencia entre agencia psicológica y no-psicológica. De un lado, hay casos de agencia primitiva en que la acción se deriva del mero registro sensorial de información –como el ejemplo del salmón nadando en dirección a su lugar de origen– y de otro, tenemos la agencia psicológica, que está guiada por la percepción. Burge defiende que un tipo de agencia primitiva es anterior a la percepción, pero que en cierta manera forma un trasfondo para entender la representación en sistemas perceptivos: la agencia involucrada en cazar, comer, orientarse, aparearse etc., forma la base primaria para constreñir los atributos en los cuales la discriminación es central al contenido y a los géneros perceptivos, aunque no sea todavía psicológica. Sin embargo, parece que para aceptarla ya tenemos que estar convencidas de que la explicación sobre las condiciones de veridicidad es la mejor explicación de la marca de lo mental. Hay un cierto aire de circularidad en aceptar que el anti-

individualismo, por un lado, fundamenta filosóficamente la idea de que los estados mentales dependen de una realidad más allá del individuo y, por otro lado, fundamenta que la percepción se diferencia del registro sensorial en tanto que, al hacer referencia a cosas más allá del individuo, involucra mentalidad. Quizá el círculo no sea vicioso, e incluso me parece ser una de las mejores explicaciones sobre lo mental actualmente disponibles, pero claramente una se convence de lo segundo si ya está convencida de lo primero.

En lo que sigue, trataré la segunda distinción que considero central para la posición de Burge e indicaré brevemente la dificultad de trabajar con tal distinción si no tenemos indicación de cómo se relacionan estados perceptivos y proposicionales.

III. Estados perceptivos y estados proposicionales

Consideremos los siguientes ejemplos que identifican, respectivamente, un estado representacional perceptivo y un estado representacional proposicional:

1. X tiene un estado perceptivo visual *como de* aquel cuerpo cilíndrico que se mueve.

2. X piensa que el agua es potable.

En el ejemplo 1, distinguimos los siguientes componentes:

— 'X' se refiere al individuo, el que percibe.

— 'tiene un estado perceptivo visual' se refiere al modo del estado representacional.

— '*como de* aquel cuerpo cilíndrico moviéndose' se refiere al contenido representacional perceptivo. 'aquel' identifica el cuerpo cilíndrico particular que se mueve y le asigna atributos perceptivos: cuerpo, cilíndrico y dotado de movimiento.

En el ejemplo 2, distinguimos los siguientes elementos:

— 'X' se refiere al individuo, al que piensa.

— 'piensa' se refiere al modo del estado representacional.

—'que el agua es potable' se refiere al contenido representacional proposicional. Es el contenido de todo el pensamiento en cuestión, que en este caso está constituido combinando los conceptos *agua* y *potable*.

Una de las principales diferencias entre los dos ejemplos se da con relación a la función del contenido representacional respectivo. Según Burge, el contenido representacional tiene 3 funciones:

1. tipifica el estado psicológico.

2. representa un *asunto*; es la perspectiva del individuo en el mundo y sobre el mundo.

3. establece condiciones de veridicidad: precisión o verdad.

En términos de sus funciones, el contenido *como de un cilindro que se mueve* establece condiciones de precisión mientras que el contenido *que el agua es potable* establece condiciones de verdad. Además de esta diferencia, Burge resalta que la percepción es siempre de particulares concretos (en oposición a abstractos), mientras que la creencia parece obedecer el principio opuesto. Uno puede tener creencias generales, pero no puede ver cosas generales. Es por esto que la noción de *atributo* es la importante en la percepción. La diferencia entre un estado representacional perceptivo y uno proposicional se da no solamente en el nivel de la función del contenido representacional, sino en el tipo de atribución que ocurre en la representación: en la percepción hay asignación de atributos, y en el estado proposicional hay predicación. Para marcar tal diferencia en los ejemplos, el estado representacional perceptivo se caracteriza por *percepción como* [*as of*] y el estado proposicional se caracteriza por el añadido de la partícula 'que': del primero se siguen atributos perceptivos y del segundo proposiciones. Lo importante aquí es no perder de vista que en la imagen que nos ofrece Burge, uno puede tener *estados perceptivos de* o *como de* sin requerirse una base de creencias o actitudes proposicionales. Los sapos, por ejemplo, tienen estados perceptivos *de* o *como de* –"perciben algo como cilíndrico, un cuerpo moviéndose etc."– y no tienen estados proposicionales. Para Burge, los conceptos son elementos de los contenidos representacionales de un pensamiento proposicional. Al no ser proposicional, la percepción no es conceptual. La percepción no solamente es diferente del registro sensorial sino también del pensamiento proposicional.

En cierto modo, la segunda parte del libro tiene que ver en gran medida con el esfuerzo de hacer esta imagen convincente[7]. El problema, según Burge, es que todas las tradiciones que han tratado la cuestión de la representación han supuesto que el individuo debería ser capaz de representar internamente las propias condiciones de representación, un compromiso que Burge ha llamado 'representacionalismo compensatorio individual' [*compensatory individual representationalism*]. De un lado, la familia de posiciones del inicio del siglo XX tomaba la perspectiva de primera persona como la clave para explicar la

representación, siendo derivada la objetividad de sus elementos, como en el caso de los *sense data*. Y, de otro, la familia de posiciones que la sustituye, que corresponde en general a la tendencia de la segunda mitad del siglo –aunque rechazando que la objetividad se derivara de la subjetividad y priorizando la perspectiva de tercera persona– que exigía que el individuo tuviera recursos representacionales para que la representación empírica objetiva fuera posible. Entre tales recursos figuran la capacidad de representar la distinción entre la apariencia y la realidad, leyes o generalizaciones causales, criterios, entre otros. Contrariamente a la primera familia, Burge argumenta que la representación de particulares ordinarios macro-físicos precede y no depende de la representación de otros particulares. Y contra la segunda familia defiende que la representación precede a, y no depende de, que tengamos pensamiento. Ambas fallan dado que dejan a los animales y a los niños pequeños fuera de la posibilidad de representar, lo que de por sí para Burge es un argumento en contra de todo este conjunto de posiciones. Pero la acusación más general es que no se ha dado ningún argumento para aceptar que, para tener creencias perceptivas, un individuo necesite representarse cualquiera de tales condiciones. También el anti-individualismo puede ser citado como otro argumento en contra de la idea de que los individuos tengan que construir internamente las precondiciones de la representación objetiva, sean cuales sean, aunque muchas de las posiciones que critica son perfectamente consistentes con el anti-individualismo, como el mismo Burge reconoce.

Para Burge, lo necesario para tener representaciones perceptivas es tener ciertas capacidades perceptivas y estar en determinadas relaciones con el entorno. Según la teoría de Burge, los estados perceptivos necesariamente representan lo que se percibe como siendo de cierta manera. La percepción tipifica, caracteriza, agrupa y atribuye; representa lo que se percibe, indicando perceptivamente ciertos tipos o atributos (como estar a la izquierda de, ser redondo, ser un cuerpo etc.) y atribuye estos tipos a particulares. Pero, como se ha dicho anteriormente, la percepción es constitutivamente de particulares; un individuo no percibe propiedades, relaciones o tipos en abstracto, aunque exista la aplicación singular contexto-dependiente de habilidades generales –los atributivos perceptivos– que son los aspectos del contenido representacional perceptivo que funcionan para agrupar o caracterizar. Dos elementos filosóficos, por lo menos, componen esta imagen: la presuposición de los estados *de re* y la dispensabilidad de inferencias proposicionales en la percepción. Burge defiende que tener representaciones *de re* es una condición para la representación de cualquier *asunto*, ya que es la capacidad que tiene el individuo de conectar sus habilidades representacionales con instancias particulares de los atributos asignados. Al mismo tiempo, ni las aplicaciones singulares de los atributos, ni los atributos mismos, necesitan figurar en inferencias proposicionales. Los elementos de aplicación y de atribución en los contenidos perceptivos no están organizados, según Burge, en estructuras proposicionales, sino en

estructuras de varias magnitudes, principalmente espaciales, aunque claramente las explicaciones que damos de ellas tengan estructura proposicional.

En resumen, la formación de los estados representacionales perceptivos depende de tres factores: (a) el tipo de estado sensorial inicial causado por la estimulación proximal; (b) el estado psicológico de un individuo en el instante de la estimulación; y (c) las leyes de formación psicológica que gobiernan las transformaciones causales desde el registro de las estimulaciones proximales y que forman estados perceptivos [p. 385]. Esta formación es un proceso de objetivación: la formación lo es de un estado con un contenido representacional *de* o *como de* un asunto, que es independiente de las características idiosincráticas, proximales o subjetivas del individuo. Sin embargo, como se ha señalado inicialmente en esta sección, una de las funciones primarias del contenido representacional es la de ser perspectiva de un individuo en el mundo. Para Burge, los contenidos representacionales que tipifican los estados perceptivos no son los particulares percibidos. Consisten en modos de presentación *como de* particulares y modos de presentación *como de* atributos que son atribuidos perceptivamente. La perspectiva del individuo forma parte, por lo tanto, también del resultado del proceso de objetivación.

Como hemos visto, la distinción entre percepción y registro no divide los seres entre los que solamente tienen estados sensoriales y los que han pasado a ser seres que perciben. Burge parece sugerir que lo mismo ocurre con la distinción entre percepción y proposición, aunque mantenga que los estados proposicionales aparezcan solamente en animales más complejos. Pero a diferencia de la primera distinción, en que se habla de transformaciones de registros sensoriales en estados representacionales por vía de los principios de formación, por lo que concierne la segunda división hay un silencio deliberado acerca de esta relación. Burge explícitamente señala que lo que *no* está investigando en su libro es cómo adquirimos conceptos por medio de la experiencia, volviendo a discutir esta cuestión solamente en el último capítulo, cuando vislumbra las posibles preguntas que su investigación abriría. Obviamente, si Burge está investigando el origen de la representación objetiva y la encuentra en la percepción, no tiene que extender la historia hasta el pensamiento proposicional, que ocupa una posición más alta en esta jerarquía. Sin embargo, aunque esta elección sea completamente consistente con su investigación, el diferenciar los dos tipos de estados todavía nos puede dejar con las siguientes dudas: ¿qué caso sería el de una persona que percibe un cuerpo circular moviéndose de tal y cual manera sin estar usando automáticamente conceptos? ¿Y qué relación podría tener dicho contenido representacional, sea perceptivo o conceptual, de este cuerpo circular moviéndose de tal y cual manera y la percepción de un sapo, por ejemplo, del mismo particular?

Burge considera que la percepción tiene dos características clave: es de dominio específico y está encapsulada, aunque reconoce que hay casos en que diferentes percepciones se relacionan. Sin embargo, incluso en los huma-

nos, los sistemas perceptivos son relativamente independientes de los estados cognitivos de nivel superior. Al compartir principios de formación con varios animales y, además, haber determinados atributos perceptivos básicos, parece que en el caso propuesto, el sapo y yo podríamos percibir el mismo cuerpo cilíndrico moviéndose de tal y cual manera, de una manera relativamente similar, aunque el contenido perceptivo marque en cada caso la perspectiva del individuo. Pero la pregunta que permanece latente es: ¿podría yo percibir este mismo cuerpo de una manera distinta o independiente de como lo represento proposicionalmente? Una vez más, si el objetivo de Burge es explicar el origen de la objetividad y si lo encuentra en la percepción, no tiene por qué responder a esta cuestión en su libro, pero el caso es que tampoco da ninguna pista de por dónde empezar a contestarla. A pesar de que somos los principales interesados en la teoría de Burge, la pregunta acerca de cómo se da la objetividad para nosotros se queda sin respuesta. Es en este sentido en el que parece haber un vacío en el libro: no se sabe cómo se relacionan los contenidos perceptivos y representacionales entre especies, intra-especies (un bebe y un adulto, por ejemplo) o incluso en el mismo individuo. Esta laguna, sin embargo, puede igualmente ser entendida de dos modos distintos: como la indicación de un fallo en la posición de Burge, pero también como la próxima pregunta a ser investigada, como parece sugerir al final de su libro.

Departamento de Filosofía I
Universidad de Granada
Campus de Cartuja
18011 Granada, España
E-mail: cborgoni@ugr.es

NOTAS

[1] Los términos técnicos que introduce Burge en su libro aparecerán muchas veces en cursiva a lo largo del texto. La primera vez que aparezcan, vendrán acompañados del término original entre corchetes. También utilizaré la cursiva para referirme a conceptos, nociones, palabras extranjeras y énfasis. El original entre corchetes aparecerá igualmente en los casos en que la traducción pueda ser confusa.

[2] Agradezco a Víctor M. Verdejo por forzarme a distinguir dos preguntas: la que encuentro implícita en el libro y la pregunta que Burge efectivamente contesta.

[3] Todas las citas serán de *Origins of Objetivity*, por lo que me referiré solamente a las páginas en las próximas ocurrencias.

[4] Es crucial tener en cuenta que el término 'representación' es independiente de la adhesión a la tesis representacionalista de lo mental, donde las representaciones son *representata*, objetos inmediatos de la percepción, una tesis también criticada por Burge.

[5] Burge defiende que la representación empírica es central para todas las representaciones aunque no conceptualmente necesaria para todas, como por ejemplo, a las representaciones matemáticas, éticas y psicológicas. Para Burge, la conexión más básica con el mundo se da por medio de la percepción, una idea ya explicitada en trabajos anteriores, como en 'Other Bodies' (1982) y "Postcripts to 'Individualism and the Mental'" (2007), pero que estaba a la sombra de su histórica contribución sobre el papel de lo social en la configuración mental. Lo social obviamente sigue teniendo un papel importante como, por ejemplo, ser el *locus* de donde heredamos los *pensamientos como de* [*thinking as of*], pero no es lo más básico.

[6] Un ejemplo de transformación de un estado perceptivo infradeterminado por otro se da en la transformación de la *percepción como de* bordes y superficies en la *percepción como de* sólidos.

[7] La parte 2 del libro es bastante extensa, pero con aspectos muy interesantes que desafortunadamente no podrán ser discutidos en este espacio. Los análisis sobre la segunda mitad del siglo XX, que incluyen a Strawson, Evans, Quine y Davidson, son los más profundos. Hay, sin embargo, determinadas observaciones que merecen atención, como la referencia al Wittgenstein del *Tractatus*, que figura casi como la única posible excepción de una posición filosófica no comprometida con el *representacionalismo individual*. Su lectura sobre las interpretaciones de Kant son bastante informativas sobre la propia interpretación del autor. Cuando discute a Davidson, un elemento a destacarse es su énfasis en la verdad del holismo, señalando además que el holismo no debería estar confinado a la representación proposicional, sino que parece inevitable en la percepción.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BURGE, T. (2007), *Foundations of Mind*, Oxford, Oxford University Press.
— (2007), "Postcripts to 'Individualism and the Mental'" en Burge, T. (2007), pp. 151-181.
— (2005), *Truth, Thought, Reason: Essays on Frege*, Oxford, Oxford University Press.
— (2003), "Perceptual Entitlement", *Philosophy and Phenomenological Research* 67, pp. 503-548.
— (1982), "Other Bodies" en Burge, T. (2007), pp. 82-99.
— (1979), "Individualism and the Mental", *Midwest Studies in Philosophy* 4, pp. 73-121.
— (1977), "Belief *De Re*", *The Journal of Philosophy* 74, pp. 338-362.

ABSTRACT

In this review, I reconstruct Burge's position in *Origins of Objectivity* as standing on two distinctions: perception vs. sensory information registration and perception vs. propositional states. Based on these distinctions, I expose and articulate the main theses present in the book. On the one hand, I design a possible criticism to his position concerning the criteria for isolating psychological kinds in terms of veridicality conditions and, on the other hand, I indicate a possible gap in Burge's choice of not treating the relation between perception and propositional states.

KEYWORDS: *Perception, Representation, Anti-individualism, Irreducibility of the Mental*.

RESUMEN

En esta nota crítica, reconstruyo la posición de Burge en *Origins of Objectivity* sobre dos pilares: la distinción entre percepción y registro sensorial y la distinción entre percepción y estados proposicionales. Basándome en estas dos distinciones, expongo las principales tesis presentes en el libro y la manera en que se articulan entre sí. Delineo, de un lado, una posible crítica que concierne el criterio que el autor propone para aislar géneros psicológicos en términos de condiciones de veridicidad y de otro lado, indico una laguna en la elección de Burge de no tratar la relación entre percepción y estados proposicionales.

PALABRAS CLAVE: *percepción, representación, anti-individualismo, irreductibilidad de lo mental*.